

Historia de un Libro Inédito

★ UN PAIS DE INEDITOS

QUE el Uruguay sea el país de los inéditos textos poéticos se explica por varias razones: porque tiene escritores y no se dedica a ser público por lo que su producción se acumula en cajones porque salvo algunos intentos aislados—el de los hermanos Bódi, el de la Biblioteca Artigas—no ha tenido una política intensiva y persistente de recuperación del pasado intelectual porque a su vez es el dueño de que en su país que no se ha preocupado de integrar una tradición cultural propia, al punto de que cada nueva producción literaria se publica más explícitamente en las coordenadas intelectuales extranjeras que en las nativas.

No me refiero a los inéditos de los "escritores del domingo" que dirigen el oficio de sus tareas habituales con su decorativo cultivo de las letras, pero que han transformado lo que antes se llamaba la "república de las letras" en un "chumbrero general de las letras", sino a los escritores que más recientemente han escrito entre nosotros la existencia de una literatura. Hablo de Azevedo Díaz, de Viana, de Quiroga, de Ernesto Herrera, de Reyles. Entre ellos, no faltará quien observe y con razón que antes de ocuparse de los inéditos de esos escritores, necesariamente se refiere al resto de su producción, en forma de copias de sus obras mayores sin reditadas y que tienen a los lectores lectores que aún las desconocen.

Pero ocurre que la palabra "inédito" tiene una seducción que se explica por este hecho: que el hombre que alienta en cualquier hombre. Bien lo saben los editores franceses: un libro de inédito; de Apollinaire, se vende mucho más caro que la edición de *Alcoholes*. Pero el etapa de los inéditos debe cumplirse totalmente para poder argumentar un valor definitivo, documental más que artístico, que abarca la totalidad de la producción de un escritor, el que servirá para el estudio de su personalidad y de su arte, para la historia de la literatura y de la cultura. Después vendrán las antologías, cada vez más reducidas, que servirán lo que quedando de un escritor, si se que queda, a través de la lectura de las generaciones futuras.

Los inéditos de María Eugenia Vaz Ferreira obraron una atracción sobre estudiosos y escritores uruguayos, que no lo fue designado, a los que atraía. Siguen tan valiosos a más de nuestras letras. Y ello por razones que pueden filtrarse en la curiosa personalidad de M. E. V. F. más que en su propio arte.

★ UNA PRECOSA CARRERA POETICA.

Al comenzar el siglo, como M. E. una mujer, como tenía talento, como vivía indiferente a los prejuicios del ambiente burgués, como tenía un arte a su modo practicable la bohemia modernista, como su arte a pesar de su soledad no perdía de vista el cumplimiento estético, lo que semejante a Herrera y Reñis, fue celebrada y admirada, aceptada aún en sus extravagancias por una vez reducidas, que sirvieron en ella el cumplimiento menos incomodo de su arte liberal. Como ella no se dejó seducir por este halago y no se abandonó a las facilidades, demuestra no sólo su calidad personal sino también la bondad a que se aspira en su arte.

De los 15 años de poemas que le en el Club Católico y publica Víctor Arregui en su antología de Poesía Uruguaya, Montevideo, 1896, y donde se publican los sectores más

de un incipiente transformador de nuestra estética; Roberto de las Cañeras, la adelantó a su seguimiento y publicando, reclamado por revistas de Montevideo y Buenos Aires, tanto por las de más simple alcance, *Boletín y Simbol*, como por las que podríamos llamar vanguardistas: Herrera y Reñis; incluso las dos revistas que publicaron en su época: *Revista y La Nueva Alianza* como poemas de M. E. V. F. y ella vive una época de esplendor vital, vinculada así como ciertos a datos que ya existieron, a los ambientes mundanos de los que participaban los poetas más de los que ahora se cree, trazando el juego de sus amores líricos, entre ellos el más conocido, por la obra poética que ha deparado, con Alvaro A. Vasseur quien en 1904 publicaba sus *Cantos supranaturales*.

A los 27 años tiene ya un libro de poemas y se dispone a publicarlo. Incluye una cincuentena de poemas que van desde las primeras de su adolescencia hasta los poemas últimos. Pero ese libro, por causas que ignoramos, no se publica, y ya no aparece más a la luz pública, sino que en muchas ocasiones ellas se dispone a recoger su obra en un volumen. La selección de poemas de M. E. se publicó postumamente, al cuidado de su hermano, bajo el título que ella eligió: *La Isla de los cantos* (Montevideo, 1925).

La retracción de M. E. para la edición de sus poemas en libro, ha sido explicada por un escrupuloso sentido de la palabra, que ella misma se opuso en su arte a medida que pasaban los años, y por la cual le resultaba imposible integrar un volumen que abarcara toda su producción, apartado estéticamente en forma definitiva. Durante su enfermedad pareció por fin decidida a recoger su obra, pero al intentar hacerlo, se encontró y esta paradójicamente consumó el acto de la publicación, pero además había superado en sus últimos años, la vanidad del juicio del mundo, y era más grave y dramática: el trabajo de un poeta progresivo que ella era, y que la condujo a la austera despedida del poema *Emudecer*, con el que cerró su libro.

«En V. F. más que en su propio arte, por eso enfudo mi flauta, la del ambiguo cantor, y me quedé en silencio, sólo solo así como en la soledad».

★ CURIOSIDAD POR SUS INEDITOS

Cuarenta y un poemas integran *La Isla de los cantos*, todos ellos pertenecientes a los poemas de la primera década. He encontrado sólo uno anterior a esa fecha, aunque dadas las características de la vida y la preciosa de su poesía, no descarto la posibilidad de que haya algún otro anterior a esa fecha. De cualquier modo, de poemas de la primera década, en total del conjunto. Dejaba, abandonados en diarios y revistas y en manuscritos amigos, los poemas que ella misma se opuso a que se firmara, por Carlos Vaz Ferreira, explicaba el libro, se decía: "Si en otro día esos poemas pudieran más allá de ser otros poemas que trabajo, le interesaré para otros escritores y para otros lectores. Pero si debe publicarse, otros poemas. Pero



yo y otro yo, podría a las personas que tengan de ella poesías manuscritas (a poco difundidas entre las publicadas), quisiera comunicárselas, así como ciertos a datos que ya pudieran ser conocidos". Este fue el comienzo de la inquietud por los poemas inéditos de M. E., que ha dado lugar a tantas discusiones, frases y situaciones dramáticas en los ambientes literarios.

La Isla de los cantos revela un ser extraño y un auténtico poeta, de dolores y alta sensibilidad y original sentido del arte, más que por la totalidad del volumen, por una estruendosa selección de quince a veinte poemas. (M. E. habría dejado sin publicar composiciones similares a estas, así como estuvo a punto de ocurrir con el "Único poema".) Muchas veces se intentó vencer la férrea negativa del hermano y convencerlo para que entregara los inéditos a la publicidad o autorizara la aparición de los poemas, ya publicados en revistas, bajo la forma de libro; siempre se rechazó por una firme oposición. Había motivo sentimental, se decía: no difundir sus poemas críticos. Había motivo de respeto por la actitud selectiva de M. E. Pocos pensaron que pudiera haber motivos simplemente estéticos.

Yo mismo, como motivo de preparar la segunda edición de *La Isla de los cantos* (Montevideo, 1966), al recibir la correspondiente autorización loquirit a Carlos Vaz Ferreira si no creía llegado el momento de ampliar la edición, tal como había anunciado en 1925. Volvió a rebasarse pidiéndome que se publicaran los poemas exactamente como estaban en la edición original, salvo el prólogo previsto a cargo de Esther de Cáceres.

Pero hay en esta pregunta algo absurdo, y por eso señalamos lo demostro de la inquietud que provocan los textos inéditos. Mientras se insistía tanto en conseguir su publicación, los grandes poemas de *La Isla* seguían sin lectores. Sin el año 1954, cuando se descubrió un manuscrito del libro que el editor y distribuidor dijo ser el último de una tirada limitada y única de mil ejemplares, hecha hacia sustruendamente, se hubiera. La otra edición de poemas de M. E. fue un curioso folleto editado en un momento de crisis de su momento: Selección de poesías, Buenos Aires, Editorial Adelante, 1924, 41 p. He podido revelarse la verdad: no hubo nunca una editorial. Adobante

ni el folleto fue impreso en Buenos Aires sino que fue obra de un conocido y tescoro librero de Montevideo, don Claudio García, quien recogió los poemas que Montevideo. Estando había publicado en *El País y Sur Oriental* (1905) junto a otros publicados en revistas literarias.

★ UNOS INEDITOS DECEPCIONADOS

Ahora, 35 años después de la muerte de María Eugenia, y dos días después de la muerte de su hermano Carlos, aparecen bajo el título de *La Isla de los cantos*, (I) esos inéditos tan valiosamente guardados como ansiosamente codiciados. Mejor dicho, aparecen atenta y con composición que seleccionara. Enlillo Orbe edita un conjunto mucho mayor que pudiera en sus manos los familiares del poeta. "Se adoptó un criterio selectivo pero tal vez más libre, que el que rigió en la norma seguida por Carlos Vaz Ferreira en 1925—dice Orbe en su prólogo. Se llevó a término la selección según un ordenamiento de correspondencias y valoraciones, se sujetaron a las reglas de la edición el primer conjunto y la ausencia de fechas lindadoras, e de detalles frecuentes la aplicación de este procedimiento". Señala Orbe que *La Isla de los cantos* tiene un ordenamiento riguroso, cosa que no nos parece tan evidente—salvo en lo general—como no nos parece evidente o al menos claro el ordenamiento de esta edición de inéditos.

La lectura de estos poemas resalta. Es decepcionante por aquel lector que se haya acostumbrado a admitir a M. E. V. F. a través de esos mejores poemas de *La Isla de los cantos*; y para el conocedor, a través de antologías o revistas de época, de su primera producción, no encuentra aquí ninguna revelación espectacular. Comprobará que todo lo realmente esencial de la creación lírica de M. E., que corresponde a un período muy reducido que abarca sus últimos diez años, y quizás menos, fue ya publicado en su libro póstumo, sin que cuando le preparaba hubiera dejado de lado nada importante. De modo que aquella vez, por la cual pudo haber quedado inédito el "Único poema", se pasó de excepción frustrada.

Señala E. Orbe en su prólogo que

HISTORIA DE UN LIBRO INEDITO

(Véase de págo anterior)

evaluando los inéditos pudo establecer los grandes grupos. En uno de sus "dentro de la obra recientemente a modo de revisión, varios poemas de la obra inédita se atribuyeron a los más representativos de la autora". Lamentamos que Oribe no haya señalado los títulos de los poemas; que no se acuerde si o no fueron obligados a discrepar con su juicio. No encontramos en este libro absolutamente ningún poema compatible con la obra de los últimos años de M. E., y las fechas de publicación que conocemos de algunos de ellos le testimonian: "En la desierta isla" (1912), "La isla de los pájaros" (1913). Creemos que la inmensa mayoría corresponden al otro grupo que M. E. Oribe define así: "Además existían poemas de un carácter que respalda la composición y el momento de la juventud" y sobre los cuales creemos más adelante es evidente que se concibieron, por su título, como un verdadero ídolo, junto a las obras de la madurez y de la perfección; así los límites del universo poético de la autora se agotan en el universo del ser humano, para ofrecerle mayores basamentos a su grandiosa definitiva". Discutamos también aquí, no nos basta con decir que no nos parece mucho a la grandiosa de M. E., y hasta se podría temer que le restara algo de la que le ha conquistado la fama en el extranjero. Pero esto puede efectuarse dentro de La isla de los cánticos. Para aclararlo conviene algunos precedentes.

★ DOS LINEAS SIMULTANEAS DE POESIA CONTRASTADA

Señala con razón Oribe que, cuando se intenta, la ordenación cronológica de M. E. ofrecerá arduas dificultades. Pero algo puede decirse ya y habría sido conveniente adelantarlo al frente de estos inéditos para ubicar al lector profano. La gran mayoría de los poemas que incluye pertenecen a la juventud de M. E., y se extienden a un período que va de 1895 a 1910; de la mitad hay publicación de época o alusión, de muchos otros se podría decir lo mismo adelantando así. Es por lo tanto la obra del primer período que M. E. desechó drásticamente cuando preparó La isla de los cánticos, y se desahogó en la parte del libro que ella puso en manos de Nin Frías (*Fuego y ardor*) y que él analizó en *Vida moderna* (1963).

Dentro de este período se manifiestan notadamente dos líneas poéticas que coexistieron constantemente en la producción de M. E. Una que, como ya dicho, Zúñiga Feijó, se caracteriza "por el énfasis lírico y la citiosencia cerebral", con la influencia de Díaz Miró y los parnasianos, y de la que son ejemplos en este volumen "Arrebatos", "Triunfal", "Epitafio", "Cabeza de oro", "La aureola ambigua", etc. etc. Otra, que no es anterior a 1901 como era dicho Zúñiga Feijó, se caracteriza por su permanencia y su sosegado el prestigio de aquella hasta permitir la aparición de la voz propia de M. E., es la que podemos llamar "línea melancólica y sensible, en la zona de los cantos españoles y que recibe la influencia de Heine más que la de Bécquer".

Podemos reconocer esta ambivalencia poética en M. E. para poder encontrar realmente el desarrollo posterior de su más alta lírica. Por lo tanto la poesía se hace estética, con largos períodos discursivos, se carga

de esas insoportables palabras pseudo-poéticas que había abandonado la madurez: románticas, corintias, inmarcescibles, plácidas, fulguradas, presencias, etc., las que se mueven en grandes metáforas ampulosas merced al dandismo, al gusto del poeta. Por otro lado, de su poder para adquirir una fresca intimidad, se hace sensible a la realidad del mundo circundante y tiene un verdadero sentido de época.

De la zona palmarina de su lírica alguna vez se burló M. E. al burlarse de los sujetos de su poesía. Así, al recordar "La isla de los pájaros" (1913), el poema "Como chipas" describe "tu signo astro", que incluye Oribe en su selección, al lado del verso que dice: "En la undosa noche obscura de tu pálida cabeza" pone una llamada y observa al pie de página: "Conste que era una poluca"; y, cuando vuelve a repetir el verso, vuelve a repetir la llamada, diciendo: "Conste lo de la peluca". Pero se burló más directamente en un poema como "Fisiquis proca" (Apolo, 1913) donde dice: "Como confesó nuestra vergüenza descendida del Olimpo a la campiña uruguaya, oye que un gaucha le dice: 'eres un verso'". "O sea muy bice pero nos seguía terca".

★ TRIUNFO DE UNA POESIA MELODICA Y DESNUDA

Es la zona de poesía parnasiana, recargada, plástica, atisoneada, la que ha perdido más rápido, y la que dejó morir la propia M. E. Con más tino, se esforzó por "transmutar la imaginación, los ritmos, el impulso de esa lírica poética, para alcanzar la plena expresión de poemas como "Ave celeste":

Aísta, sé libre y rauda, sé límpida y sonora
como un mariposillo pájaro de cristal

Pero si el origen de este poema, como el de la "Oda a la belleza", "Sacra armonía", "El cazador y la estrella" (todas de La isla de los cánticos) está en aquellas primeras experiencias impulsivas, forzoso es reconocer la intensa depuración que sufrieron para que, a pesar de ese "fascio" del vocativo permanente que nos distingue, obtengan un pudoroso equilibrio estético.

Por eso M. E. no recibió ningún poema de la que podemos llamar su línea inicial parnasiana, y en cambio recibió, y cultivó posteriormente, la línea intimista, opesta decididamente al modernismo en los años siguientes. El único poema de esa primera época que transcribió en La isla de los cánticos es la "Invitación al olvido"; este mismo poema, en su versión "Nocturno", "Vaso furtivo", "Vila secreta", "Beatitud", y nada menos que "Desde la celda" y "Romanceador" (todas del mismo libro), respalda una inspiración que se ha dicho heineana, pero que, como la que sufriera Bécquer, le debe mucho a la tradición popular española. Pero ya creó y creó hace cincuenta años en Montevideo que ahora.

Mientras que esta línea de arte menor, que es tan difícil, que es tan sensible a la elaboración artística y a la transmisión de su auténtica personalidad, aquella otra de arte mayor se extinguirá por su propio peso, por el pintado y orquestación falazmente wagneriana; no expresaba al poeta, sino a una circunstancia deformante. Sin ella se nos difunde, se nos influye, se nos seduce, se nos seduce del interior a quien fueron dirigidas muchas de esas composiciones, el autor de ellas.

La mayoría de los poemas de este volumen de inéditos que consideramos dignos de figurar en La isla de los cánticos, son, también, los que pertenecen a la línea intimista, como se ve en el ejemplo:

Yo subí el ancho monte
por el camino del alba
las voces decían: "¿Cuándo?"
yo respondía: "Maldice..."

Y bajando el mismo monte
por el nocturno camino,
me encuentro conque es Ayer
y Malena no ha venido.

Lo demás está tan cargado de horrores como un envejecido escarabajo opacitado. No se equivocaba M. E. cuando lo dejó de lado, ni se equivocaba su hermano cuando se oponía tan fuertemente a su publicación.

★ LA OTRA ISLA DE LOS CANTICOS

Es por eso que nos parece inoportuno el título que Oribe le dio a este volumen: La otra isla de los cánticos, porque con él se alude a una equivalencia artística e incluso a una superación artística con respecto al único volumen anterior lo que está muy lejos de la verdad. Quiéramos admirarnos fervientemente el mejor arte de M. E. V. F. debemos reconocer el escaso valor del conjunto de inéditos que ahora tenemos en nuestras manos, para confesar nuestra decepción y advertir al público no especializado.

Porque no es esto objetamos la publicación de los inéditos. Creemos que es un deber para con todo escritor, y lo dijimos al comenzar estas consideraciones, publicar orgánicamente toda su obra. Pero no para un gran público —hay un gran público en nuestro país— sino para los especialistas, estudiosos, devotos del escritor, para esa cofradía a la que surten las prensas universitarias, y en ese caso con un criterio documental y de archivo y con el aparato erudito del caso.

En cuanto a la selección misma establecida por Emilio Oribe, es difícil dictaminar ya que no tenemos conocimiento de la totalidad del material que tuvo en sus manos para hacerla. El índice en su prólogo que se adoptó un criterio de "mayor amplitud que el que rigió la selección de 1937". No hay duda de ello por lo que acabamos de puntualizar, pero sí el criterio tuvo la suficiente amplitud como pa-

ra incluir el poema "Las onzas" — simples ejercicios retóricos como "Albas masticadas", resulta extraño no encontrar algunos de esos poemas más divulgados en publicaciones, con algún tanto curioso de invención entre moricristales y tierra como "La tempestad" (que publicó Anéides mendocino y donde hay un toque que evoca a Delmira) e ese breve y fluido de su primera época:

Tra su canto melodioso y lento
era lleno de luz su pensamiento,
me faz de soñador extraño, y bella,
y admiré su primor con la trocética
beatitud de una lánguida pupila
que me pasó una lejana estrella.

Pero toda selección postula siempre una serie de consideraciones más subjetivas que están al margen de la crítica. Lo único que puede hacerse es oponer a una selección, otra. Así, de los setenta y un poemas incluidos en este libro, yo hubiera separado no más de catorce, y algunas estrías o versos sueltos. Serían ellos: "Oh, qué amante tan pálido", "Lo que tanto y ha tanto bien sabemos", "El verde lago", "Oh tristez, oh sucesión", "Que contraste vida mí", "Desde que tu me has medido", "Lo que impecable", "Yo subí el ancho monte", "Vano ideal", "En la desierta calle", "En la margen", "El amor que me seduce", "Considerados con indulgencia, ellos tratan la presencia de un poeta verdadero; hay aquí atisbos, afirmaciones, descubrimientos de quien, más empíricamente, más tícidamente, sólo pudo encontrar su verdad y la verdad de su poesía en el estado de la ansiedad y el desamparo. Y que fue entonces el único poeta capaz de un calado metafísico en nuestro país sin mengua de la tensión lírica, estética, del verso.

(1) María Eugenia Vaz Ferreira: La otra isla de los cánticos. Montevideo, 1959. 124 págs. Selección y prólogo de Emilio Oribe. Con dos retratos y dos facsimiles de poemas originales.